

LECCION XXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIÁNISMO.

Medios de conservacion : el presbítero, los Santos, las Órdenes religiosas; — de propagacion : las misiones. — Descripción de las herejías. — Padres y Doctores de la Iglesia. — Concilio de Nicea. — La Iglesia atacada : Arrio. — Juicio de Dios sobre Arrio. — La Iglesia defendida : san Atanasio; — propagada : san Frumencio en Etiopia. — Conversion de los Iberos.

Después de trescientos años de sangrienta lucha, vemos al Cristianismo vencedor sentado con Constantino en el trono de los Césares; la nueva Religión establecida, consagrada públicamente por reina del mundo; su saludable acción se hace sentir en todas partes, y regenera al hombre en su razón, en su corazón y en su cuerpo, libertándole de la vergonzosa esclavitud del error, del crimen y del despotismo brutal. ¿Qué más tenía y tiene que hacer el divino Fundador de la Iglesia, sino conservar y extender su obra á fin de que todas las generaciones puedan aprovecharse de sus beneficios?

Decimos en primer lugar conservar, pues el primer cuidado del Salvador, después de haber establecido el reino del Evangelio, será mantenerlo y defenderlo. ¿Cómo! ¿puede tener enemigos una Religión tan santa, tan verdadera, tan bienhechora? Imposible parece á primera vista; por el contrario, después de haber introducido tantas y tan saludables reformas en las leyes, en las instituciones y en las costumbres públicas, era natural que el Cristianismo, amado, querido y respetado, solo encontrase hijos sumisos y fieles discípulos. Sí, así parece, mas en realidad no pudo ser de este modo.

Las consecuencias del pecado relativamente al hombre son minóras, no destruidas por el Cristianismo, pues la obra de la redención no se consumará sino en el cielo; mientras tanto, habrá siempre lucha: lucha intelectual, *es necesario que haya también herejías*; lucha moral, *necesario es que vengan escándalos*; lucha física, *por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios*¹. Todo ello es preciso para que nuestra vida temporal sea lo que Dios quiso que fuese después del pecado, una prueba, y una prueba meritoria, y por lo tanto penosa: el género humano es un soldado; debe conservar su unión con el nuevo Adán, y aumentar en perfección con las armas en la mano².

¹ I Cor. xi, 19; Matth. xviii, 7; Act. xiv, 21.

² Job. vii, 1.

El infierno y el hombre antiguo harán continuos esfuerzos para hacer peligrosa la lucha y destruir la obra de la redención respecto de los particulares y de los pueblos: ya suscitarán herejías para alterar la verdad cristiana y destruir la obra de la redención en el hombre intelectual¹; ya suscitarán escándalos para sustituir la concupiscencia á la caridad, la vida de los sentidos á la vida sobrenatural, y por consiguiente para arruinar la obra de la redención en el hombre moral; finalmente el doble crimen de escándalo y de herejía, ú otras causas particulares, atraerán sobre los pueblos pestes, guerras, calamidades, revoluciones, latrocinios, injusticias, la opresión y el despotismo, los cuales tenderán á destruir la obra de la redención en el hombre físico, haciendo revivir la ley brutal del más fuerte, y precipitando al mundo en el estado de sufrimiento y de abyección en que se hallaba bajo el yugo del Gentilismo.

En todos esos puntos de ataque el nuevo Adán colocó á un centinela.

1º. El *presbítero ó el sacerdocio*. Defensor nato y conservador universal de la obra de la redención contra las herejías, los escándalos, las miserias físicas, el presbítero es á la vez *doctor* para defender la verdad; *modelo* para dar el ejemplo de todas las virtudes, es decir, del amor práctico de los bienes sobrenaturales, y con él impedir que el desarreglado amor de las criaturas reconquiste su imperio en el corazón humano; *enfermero* de todas las miserias humanas, á fin de evitar con una infatigable y universal caridad la destrucción de la redención en el hombre físico, con el restablecimiento del despotismo gentilicio y de los sufrimientos que eran consecuencia del mismo.

2º. Los *Santos*. Hay veces en que los peligros son mayores; los carnívoros lobos, más numerosos y más encarnizados rodean el redil, y entonces es cuando del seno siempre fecundo de su Iglesia hace nacer Dios nuevos auxiliares de la obra reparadora; en el día del combate aparecerán de distancia en distancia Santos extraordinarios; y como el infierno solo puede atacar al Cristianismo por tres puntos: en el hombre intelectual, con el error; en el hombre moral, con el escándalo; en el hombre físico, con el restablecimiento de la esclavitud y de la abyección gentilicas, hay tres especies de Santos, y

¹ Toda herejía lleva en su mismo nombre una prueba manifiesta de la falsedad de sus doctrinas, pues su nombre es ó el de un hombre, y un hombre no es bastante para fundar una religión, ó el de un país ó el de una época; y toda religión nacida de las ideas y de las costumbres particulares de cierto país ó de cierta época es evidentemente una religión humana, es decir, una religión falsa. Por esto es que en todos tiempos las diferentes sectas se han avergonzado de su nombre y han tratado de cambiarlo y de ocultarlo bajo otros nombres tomados de la religión verdadera; esta es la razón porque quieren los Protestantes ser llamados *evangélicos*. « Consiento en ello, dijo con este motivo un oficial católico; les daré el nombre de » *evangélicos* como se daba el de numídico á Escipión por haber destruido á Cartago. »

no mas : los Santos *apologistas*, para la defensa y la propagacion de la verdad ; los Santos *contemplativos*, para recordar incesantemente en nuestro corazon el amor de las cosas sobrenaturales ; los Santos *enfermeros*, para consolar al hombre fisico, é impedirle que caiga otra vez en el estado de miseria y de esclavitud de que le libró el Redentor. Mas adelante verémos que estos Santos, apareciendo en el momento preciso en que se hace sentir mas vivamente la necesidad de su presencia, son una prueba sensible de la accion continua de la Providencia sobre la Iglesia.

3º. Las *Órdenes religiosas*. En la vida de la Iglesia se ven épocas terribles en que diríase va á prevalecer el poder del infierno : la herejía, el escándalo y la injusticia, coligados, atacan á la Religion por todos los puntos ; la lucha es larga, encarnizada ; el combate general ; jamás ha corrido el mundo tan terribles peligros ; mas en aquel trance Dios halla en los tesoros de su amor á un nuevo auxiliar de la Religion ; hablamos de las *Órdenes religiosas*. Las hay de tres clases : las *Órdenes apologistas*, para la defensa y enseñanza de la verdad, las cuales aparecen así en las ciudades como en los campos, conservando con sus doctos escritos la buena doctrina ó propagándola con su palabra ; las *Órdenes contemplativas*, para la defensa de la caridad, á las que vemos, guiadas por un noble desprecio de todas las cosas sensibles, exaltar el amor humano hácia los bienes sobrenaturales ; compensar el escándalo con voluntarias expiaciones, é impedir que la concupiscencia recobre su imperio ; finalmente las *Órdenes enfermeras*, consagradas al alivio de todas las miserias humanas, y apostadas en todos los puntos por donde puede el infierno atacar la obra de la redencion en el hombre fisico. ¡ Qué hermosa, ó Dios mio, vuestra santa Religion, considerada en sus medios de conservacion ! Semejante á la torre de David, mil escudos protegen sus murallas, mil centinelas velan noche y dia en su defensa.

El sacerdocio, los Santos, las *Órdenes religiosas*, son los tres medios establecidos por el nuevo Adán para mantener el Cristianismo, medios que se resumen en uno solo, que es la Iglesia, pues en la Iglesia y por la Iglesia son consagrados los presbíteros, formados los Santos y establecidas las *Órdenes religiosas*.

Provisto el Cristianismo de todos los medios de conservacion, ¿ qué falta sino propagarlo, queriendo Dios como quiere que todos los hombres consigan el conocimiento de la verdad ? El medio de propagacion son las misiones, maravillosas expediciones, heroicas conquistas, cuya historia escribiremos á medida que las hallemos en nuestro camino.

Continuemos ahora nuestra interrumpida relacion, y pongámo-

1 I Tim. II, 4.

nos en marcha al lado de la Iglesia. ¡ Oh divina Esposa del Hombre de dolores ! prepárate para participar de la suerte de tu celeste Esposo ; en tu frente, lo mismo que en la suya, brillará una inmortal corona de espinas, que será la diadema que te dará á reconocer por la Esposa legítima hasta la consumacion de los siglos. En vano querrán las sectas adornarse con tus otras joyas ; jamás les será dado vestir la túnica del martirio ni colgar de sus espaldas el manto de la persecucion : los anfiteatros están manchados aun con la sangre de tus hijos ; todavía humean las hogueras que los consumieron ; á lo lejos óyense aun los rugidos de los leones que desencadenaron contra ellos, y cuando apenas respiras libremente despues de tantos combates, hé aquí que un nuevo enemigo, un sectario gigantesco se eleva del Egipto y adelanta para herirte en el corazon. Su nombre es Arrio, y se atreve á negar la divinidad de Jesucristo ; pero no temas, tierna Esposa del Hombre-Dios, al campeón de la mentira tu divino Esposo opondrá el defensor de la verdad.

El siglo IV, que empezó con la mas sangrienta persecucion, continúa con la mas temible herejía ; el demonio, que veia establecida la Religion á pesar de los esfuerzos de los tiranos armados por él contra la obra de Dios, no se desalienta ; cambia sí sus baterías, tratando de demoler el edificio cuya construccion no le ha sido dable impedir, y empieza una nueva guerra.

¡ Qué espectáculo ! una nube de herejes dirigiéndose contra todas las partes del edificio de la Religion desde la cúpula á la base, armados del sarcasmo, de la mentira, de la calumnia, desfigurando, infamando, degradando, golpeando con su piqueta destructora todas las piedras, deseando romperlas y separarlas una tras otra, con un encarnizamiento y perseverancia tales que no tuvo mas imitadores en la historia que los filósofos y los Vándalos del pasado siglo, quienes diseminaron entre nosotros las ruinas de nuestros templos y de nuestros palacios, despues de haber hecho objeto del ludibrio nuestros dogmas y nuestras creencias. Pero mirad, de Oriente y de Occidente vienen una multitud de doctores que revestidos de la triple armadura del genio, de la elocuencia y de la virtud, derriban á los herejes, les confunden, les convierten á veces, y así como los Mártires embotaban el hacha de los perseguidores, destruyen sus sofismas, y el inmortal edificio aparece de nuevo en toda su primitiva belleza y siempre firme en sus cimientos.

Jamás la lucha del error contra la verdad fué tan encarnizada como en el siglo IV, así es que jamás desplegó la Iglesia tan grande abundancia de doctores y de apóstoles ; aquella fué la era de los Padres de la Iglesia, que vamos á dar á conocer en pocas palabras.

Llámanse Padres de la Iglesia todos los eminentes varones que aparecieron para defenderla y explicar su doctrina durante los seis pri-

meros siglos¹; divídense en Padres griegos y en Padres latinos, según que escribieron en el uno ó en el otro idioma. Los mas ilustres entre ellos, aquellos que mas escribieron y cuya doctrina es generalmente mas autorizada y seguida, llevan el título de Doctores de la Iglesia. Los cuatro grandes doctores de la Iglesia griega son: san Atanasio, san Basilio el Grande, san Gregorio Nazianceno y san Juan Crisóstomo; y los cinco de la Iglesia latina, san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín, san Gregorio el Grande y santo Tomás de Aquino; el papa san Pio V fué el que dió al Ángel de las escuelas el título de quinto doctor de la Iglesia².

Les llamamos *Padres*, porque nuestro Salvador, que les llenó particularmente de su espíritu, los dió á su Iglesia para ser sus defensores y consejeros, y al mundo para ser sus antorchas y oráculos³. « Les damos el nombre de *Padres*, dice san Agustín, porque sus » escritos, llenos de la ciencia de salvacion, han caído como un abundante rocío en el campo de la Iglesia, para hacer fructificar en él » los gérmenes de vida que Jesucristo sembrara, á fin de que alimentasen á las almas con la sustancia mas pura de la verdadera doctrina. Ellos fueron los que contribuyeron á la construccion del sagrado edificio con el cimiento y las ricas decoraciones que robustecen » y hermocean la Iglesia levantada por Jesucristo, que es su *pedra angular*; por los *Profetas* y por los *Apóstoles*, que son sus inmortales » fundamentos⁴. »

Unidas á la Escritura, sus obras, consagradas por la sancion de la Iglesia, añaden á la autoridad de la palabra divina, emanada inmediatamente del Espíritu Santo, el grave peso de la inspiracion indirecta al menos que las ha producido, y la eficacia de la gracia particular que tanto las distingue de todas las composiciones humanas⁵. Los santos Padres componen la augusta cadena de la tradicion, cuya majestuosa unidad se ha sostenido inmutable al través de los choques de las revoluciones, de los ataques del cisma y de la herejía, de las ruinas de los siglos, de las tinieblas de la ignorancia y de los estragos de las malas costumbres⁶.

Nada es comparable con su elocuencia. « ¡ Un Padre de la Iglesia ! » un Doctor de la Iglesia ! ¡ Qué nombres ! ¡ qué tristeza en sus escritos ! ¡ qué sequedad ! ¡ qué fria devocion ! ¡ qué escolasticismo ! » di-

¹ Bergier, art. *Padres*.

Sin embargo dícese generalmente que san Bernardo es el último Padre de la Iglesia.

² *Diccionario de las ciencias eclesiásticas*, art. *Doctores*.

³ *Luminaria mundi*, sermonem vitæ continentia. (*Act. concil. Ephes. Labbe*, t. III *Conc.* pág. 836.)

⁴ S. Aug. *contr. Julian*. lib. II, c. 10, pág. 552.

⁵ San Basilio; véase Duguet, *Conf. ecles.* t. II, pág. 409.

⁶ Guillon, t. I, pág. 10.

cen los mundanos ignorantes y ligeros que jamás los han leído; pero ¡ cuál sería la sorpresa de todos aquellos que se han formado de los santos Padres una idea tan distante de la verdad, si viesen que en sus obras hay mas ingenio y delicadeza, mas riqueza de expresion, rasgos mas vivos y gracias mas naturales que en la mayor parte de los libros de estos tiempos, que son leídos con avidez, y que dan nombre y vanidad á sus autores ! ¡ Qué placer amar la Religion, y verla creída, defendida, explicada por tan grandes genios y tan sólidos talentos, sobre todo cuando se llega á conocer que, por la extension de los conocimientos, por la profundidad y penetracion, por los principios de la pura filosofia, por su aplicacion y desarrollo, por la exactitud de las conclusiones, por la dignidad del estilo, por la belleza de la moral y de los sentimientos, no hay nadie, por ejemplo, comparable á san Agustín¹ !

Volvamos á nuestro asunto. El primero que se atrevió á intentar la demolicion del edificio de la Religion despues de su establecimiento social fué Arrio, el cual, conducido por el espíritu infernal, dirigió sus golpes contra la piedra angular. Arrio, autor de la grande herejía conocida con el nombre de Arrianismo, fué natural de Libia; jóven aun pasó á Egipto, siendo ordenado de diácono de la iglesia de Alejandría; algunos sediciosos manejos en que tomó parte obligaron á san Pedro, patriarca de aquella iglesia, á separarle del número de los fieles; y como el santo Patriarca conocia perfectamente el carácter inquieto y ambicioso de aquel extranjero, no se dejó engañar con exteriores apariencias de arrepentimiento, y jamás quiso recibirle en su comunión, sin que lo lograsen las reiteradas súplicas que le fueron dirigidas mientras se encaminaba al martirio. Sin embargo, Arrio halló medio de congraciarse con Achillas, sucesor de san Pedro: sometióse exteriormente; afectó vivos sentimientos de contricion, y el Prelado cayó en el lazo; recibió al hipócrita en el seno de la Iglesia, lo elevó al sacerdocio, y le confió el gobierno de una parroquia de Alejandría.

Muerto Achillas, fué elegido san Alejandro para sucederle; eleccion que ofendió la vanidad de Arrio, el cual estaba persuadido de que nadie como él era tan digno del patriarcado; é impulsado por el deseo de tomar venganza, empezó á dogmatizar contra la divinidad de Nuestro Señor. En vano san Alejandro trató de convertirle por las vias de la dulzura; Arrio permaneció insensible á todo sin abandonar su herejía; no pasaba día sin que la infiltrase entre los fieles; el mal aumentaba mas y mas, hasta que el Patriarca, creyendo no poder contemporizar por mas tiempo, excomulgó al heresiarca en un sínodo compuesto de todos sus sufragáneos², celebrado en Alejan-

¹ La Bruyère, *ch. des Esprits forts* (de los Despreocupados).

² Llámase sufragáneos los obispos que componen una provincia eclesiástica, por

dria en el año 319, informando á todos los Obispos de lo que habia acontecido.

Mientras tanto el Arrianismo ganaba terreno por todas partes, y cada dia aumentaba el desórden en la Iglesia, y afligido Constantino por semejante division, resolvió, siguiendo el parecer de los Obispos, reunir un concilio *ecuménico*, es decir, universal, para aterrorizar y destruir la herejía ⁴. En tiempo de los Emperadores gentiles no habian podido celebrarse tan grandes asambleas; mas Constantino, señor de todo el imperio, podia realizar una idea tan digna de su piedad, no pudiendo menos de prestar un tributo de admiracion á la Providencia, que hizo en aquel tiempo su ejecucion fácil, reuniendo tantos países bajo la dominacion de un hombre solo. La ciudad de Nicea fué elegida para punto de reunion, con motivo de estar inmediata á Nicomedia, residencia del Emperador. Constantino envió, pues, á todos los Obispos de la cristiandad cartas de invitacion conteniendo las mas respetuosas instancias para que asistiesen al concilio, y dió orden de proporcionarles sin gasto alguno los carruajes y cuanto necesitasen para el viaje. El asunto era de mucha importancia para que los Obispos no correspondiesen á la invitacion con su asistencia; así que no tardaron en hallarse en Nicea en número de trescientos diez y ocho, sin contar los presbíteros y diáconos. El venerable Osio, obispo de Córdoba, presidió el concilio en representacion del papa san Silvestre, el cual no pudiendo asistir en persona á causa de su avanzada edad, envió además dos presbíteros al concilio. San Alejandro, obispo de Alejandria, asistió á él acompañado del diácono Atanasio, jóven á quien profesaba particular estimacion, y que le fué de grande utilidad.

Jamás hubo mas venerable asamblea; muchos de los obispos que la componian eran eminentes en santidad, y llevaban en sus mutilados cuerpos las honrosas huellas de las persecuciones que sufrieran por la fe; tal era, entre otros, san Pafnucio, obispo de la Alta Tebaida, á quien faltaba el ojo derecho. El Emperador le llamaba fre-

dar antiguamente su *sufragio* ó voto para la eleccion del metropolitano, del cual en cierto modo dependian.

⁴ Un concilio es una reunion de pastores de la Iglesia para decidir las cuestiones pertenecientes á la fe, á la moral y á la disciplina; llámase concilio *general* ó *ecuménico* aquel al cual son convocados todos los obispos de la cristiandad, en cuanto es posible, y que es presidido por el Sumo Pontífice, ó por sus legados; *nacional* aquel que se compone de los obispos de una sola nacion, como la Francia, la España; *provincial* el que celebran un metropolitano y los obispos de su provincia; *sinodo* es la reunion de los presbíteros de una diócesis, presidida por el obispo. Si bien las decisiones de los concilios particulares son muy respetables, solo son infalibles las de los concilios generales. Estos han sido en número de diez y ocho: dos en Nicea, cuatro en Constantinopla, uno en Éfeso, uno en Calcedonia, cinco en Letran, dos en Lyon, uno en Viena, uno en Florencia, y uno en Trento, y de ellos hablaremos á medida que los hallemos en nuestro camino.

cientemente á su palacio, gustaba de su conversacion, y besaba por respeto la llaga que le habia quedado en el rostro ⁴.

Para dar una idea de la solemnidad con que se celebraban los concilios, vamos á hacer una descripcion del de Nicea. Iguales ceremonias, con algunas pequeñas diferencias exigidas por las circunstancias, se observaron en todas esas augustas asambleas.

El dia 19 de junio del año 325 fué el señalado para la apertura del concilio, y llegado tan solemne dia, reuniéronse todos los Padres en un vasto salon adornado con la magnificencia que convenia al estado de la Iglesia, libre de la esclavitud y protegida por el gran Constantino, entonces único señor del mundo. En medio del salon se elevaba un trono ricamente decorado, sobre el cual fué colocado el libro de las Escrituras, representando al Espíritu Santo que las habia dictado, y que iba á interpretarlas por el órgano de los Pastores á quienes fué prometida su perpetua asistencia. El Emperador asistió tambien al concilio, revestido de la púrpura, cubierto enteramente de oro y piedras preciosas y acompañado no de sus guardias, sino únicamente de sus ministros, los cuales eran cristianos, yéndose á colocar en un extremo de la sala, donde permaneció en pié hasta que los Obispos le hubieron rogado que tomara asiento.

Abierta la discusion, Arrio, que se hallaba presente rodeado de sus defensores, expuso sus errores, no temiendo proferir las mas horribles blasfemias contra Nuestro Señor Jesucristo. Indignada la asamblea al oír tales palabras, querian muchos, á fin de extirpar cuanto antes la impiedad, condenarla en general y sin nueva discusion, exclamando que se atenian á la fe recibida desde un principio y perpetuada por la tradicion ², al paso que otros observaron que no debia hacerse nada sin deliberacion y antes de un detenido exámen; por esto fué que varios sabios Obispos tomaron la palabra para refutar con vigor aquellas impías novedades, apoyándose en los Libros santos y en los escritos de los primeros Padres: mas ninguno lo hizo con tanta fuerza y tan brillante éxito como el jóven diácono Atanasio, que no tardaremos en dar á conocer.

Despues de largas discusiones, el concilio adoptó, para expresar la unidad indivisible de la naturaleza divina, la palabra *consustan-*

⁴ Véase á Fleury, y la *Historia compendiada de la Iglesia*.

² Así pues, los Obispos no hacen nuevos dogmas, sino que dan únicamente testimonio de una verdad existente. « ¿Qué es lo que ha hecho la Iglesia por sus concilios? » dice con este motivo san Vicente de Lerins. Ha querido que lo que era simplemente creído, fuese profesado mas exactamente; que lo que era predicado sin mucha atencion fuese enseñado con cuidado; que se explicase mas distintamente lo que se trataba antes en globo; tal ha sido siempre su designio; de modo que por los decretos de los *Concilios* no ha hecho mas que reducir á escritura lo que se habia recibido de los antiguos por tradicion. (*Commonit* c. 23.)